

CONSTRUYENDO LA HISTORIA

Y LA ARCHIVÍSTICA BOLIVIANA: ALBERTO CRESPO RODAS (1917-2010)

Historiador y Archivista. Nació en La Paz el 21 de septiembre de 1917 y falleció el 30 de agosto de 2010, bajo el cuidado solícito y cariñoso de su esposa, Alicia Quintanilla, quien se preocupó por rodearlo de un ambiente historiográfico, que visitaron sus colegas y alumnos, hasta los últimos días de su existencia, en su acogedor departamento en el Edificio “Los Ángeles”.

LOS AÑOS FORMATIVOS

En 1938, muy joven trabajó en el Ministerio de Relaciones Exteriores, como Oficial primero en el Departamento Político y Diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores, ocupando varios cargos en Lima (1940-1943), Buenos Aires (1946-1949), y la Santa Sede (1951-1952). Por su condición de militante del Partido de la Izquierda Revolucionaria (el primer Partido Comunista de Bolivia)

le costó un exilio consentido durante toda la época del Movimiento Nacionalista Revolucionario (1952-1964), partido al que detestó abiertamente. Como muchos de los viejos maestros tuvo militancia política. Se afirma que lideró el “Ala Mirista” (cif. Del partido Movimiento de la Izquierda Revolucionaria) en la Carrera de Historia, durante el gobierno de Jaime Paz Zamora (1989-1993), quien precisamente lo designó Embajador en Ecuador (1990-1992).

Estudió Historia tardíamente en la Universidad Nacional de San Marcos



de Lima, Perú (1968), siendo el primer historiador profesional del país. A su retorno a Bolivia, en 1969, fue Subsecretario del Ministerio de Educación y Cultura, pero se dedicó a su verdadera vocación: la enseñanza de Historia en la Facultad de Humanidades de la Universidad Mayor de San Andrés, formando varias generaciones de historiadores profesionales y especialistas en archivos históricos.

Fundó la Sociedad Boliviana de la Historia; fue Presidente de la Academia Boliviana de la Historia y miembro de las de

la Lengua y Ciencias de Bolivia; y correspondiente de las Academias de Historia del Perú, Argentina, España, Ecuador, Paraguay y Venezuela; y del Instituto Sanmartiniano de Argentina. Premio Nacional de Cultura (1989) y Franz Tamayo de La Paz (2001), condecorado con el Escudo de Armas de La Paz (1987), Gran Mérito de Amigos de la Ciudad (1999), Escudo por Servicios Especiales (2003) y Cóndor de los Andes Gran Cruz (2004).

En su trayectoria compartió la cátedra, la investigación histórica, la bibliotecología y la archivística. Fue Director de la ilustre Biblioteca Central de la UMSA, y custodio de la portentosa Colección Documental de las Sublevaciones del Siglo XVIII. Docente de Historiografía de la Carrera de Historia, palestra en la que introdujo los *Combates por la Historia* de Lucien Febvre, y con ello los fundamentos del movimiento de los *Annales*. Director del Instituto de Investigaciones Históricas; fundador y Director del Archivo Histórico de La Paz (1971-1989), repositorio organizado como resultado del salvataje de documentación judicial y notarial del Corregimiento y la Intendencia de La Paz (desde el siglo XVI), proeza archivística que protagonizó junto a un grupo de estudiantes de la Carrera de Historia. Fue Coordinador General del Programa de Desarrollo de Archivos y Documentos Públicos de Bolivia desde 1976, compartiendo honores, sinsabores y responsabilidades de su desarrollo con Gunnar Mendoza. Fue también asesor de la primera Asociación de Archivistas de La Paz, en 1976. Fue miembro del Consejo de Cultura de la OEA (1982-1983).

LA VENA HISTORIOGRÁFICA

En su contribución a la historiografía destaca por un estilo narrativo puro y preciso, muy documentado, haciendo gala del dominio del idioma. Al final de su exilio pasó larga temporada en el Archivo de Indias de Sevilla, donde escribió su obra fundacional *La Guerra entre Vicuñas y Vascongados*, con la que mostró su gran potencial ante la Historiografía latinoamericana emergente. Publicó *La mita de Potosí* (1956); *Historia de la ciudad de La Paz. Siglo XVII* (1961), *El Corregimiento de La Paz (1548-1600)* (1972); *La Guerra entre Vicuñas y Vascongados. Potosí, 1622-1625*; (1956) *Fundación de la Villa de San Felipe de Austria* (1967); *Vicente Pazos Kanki: un boliviano de la libertad de América* (1975, con varios autores); *Esclavos Negros en Bolivia* (1977); *Alemanes en Bolivia* (1978); *Alonso de Mendoza, fundador de La Paz* (1980); *Los Exiliados Bolivianos (Siglo XIX)* (1997); *José Rosendo Gutiérrez: el hombre,*

el político, el literato (1986, con varios autores); *La ciudad de La Paz, su historia y su cultura* (1989), y *José Luis Tejada Sorzano: un hombre de paz* (1990); y más recientemente un opúsculo sobre su padre *Luis S. Crespo, vida y obra* (2008) en colaboración con su hermano Alfonso y su esposa Alicia Quintanilla. Como pocos docentes, ha involucrado en la labor investigativa a estudiantes universitarios, con los que escribió y publicó *La Vida Cotidiana en La Paz durante la Guerra de la Independencia 1800-1825* (1975); *Siporo, Historia de una Hacienda* (1984); *Los bolivianos en el tiempo* (1995, con varios autores). Ha escrito para la posteridad dos obras autobiográficas: *Tiempo Contado* (1986); y *Recuerdo Crepuscular* (2002) en la que confiesa parte fundamental de su existencia y pensamiento.

LA VENA ARCHIVÍSTICA

La relación intrínseca, umbilical de la historia con las fuentes, explica esa otra pasión legítima del Maestro: la preocupación por el destino de los archivos históricos. Tanto la Carrera de Historia como la Sociedad Boliviana de Historia fueron instrumentos que empleó hábilmente en la concienciación de la elite intelectual para organizar y preservar los archivos históricos, como se puede ver en las numerosas conferencias que propició y en las recomendaciones de la II y la IV Reunión de la Sociedad Boliviana de Historia de Santa Cruz y en Oruro (1976 y 1978 respectivamente), sobre los valiosos archivos históricos de esas regiones. Alumnos de la primera y segunda generación empezaron a mostrar resultados, expresados en inventarios y guías de numerosos archivos históricos, como Condo-Condo (Florencia Ballivián), Corque (Fernando Cajías), Catedralicio de Santa Cruz (Fernando Cajías, Clara López), San José de Chiquitos (Jorge Cortés), Parroquiales de La Paz (Teresa Rossaza y Marcela Inch), San Agustín (Silvia Arze et al.), Radio Nacional de Bolivia (Laura Escobari) y la Guía de Fuentes para la Historia de la Iglesia en Bolivia (René Arze). Su obra archivística está plasmada en “La historia económica y los Registros de Escrituras” (en colaboración con René Arze y Florencia Ballivián de Romero) en *Presencia Literaria*, 1975; “El archivo de Poopó” (con Fernando Cajías), en *Boletín del Archivo de La Paz* (BALP), 3 (5): 14-20, 1978; “La colección Gutiérrez”, en BALP, 1 (1): 23-25, 1978; “Archivo Gregorio Pacheco” (con Florencia Ballivián), en BALP, 6 (9): 21-32, 1986; “25 años del Archivo de La Paz”, en BALP, *Edición de Homenaje a los 26 años*. 16-17: La Paz, 1997; “Una historia de veinte años”, en *Historia, revista de la Carrera de Historia*. Edición



especial. 1997; "Una mirada al Archivo de La Paz", en: *Boletín del Archivo de La Paz*, N° 23-24, pp. 15-18, 2006; *Tiempo contado* (La Paz, La Juventud, 1988).

BALANCE

Personaje controversial, sin embargo paradigmático. Tuvo entre sus alumnos algunos preferidos, a los que brindó mayores oportunidades. Pero sin duda alguna fue un puente entre la vieja generación de historiadores-abogados e historiadores profesionales. A él se debe el impulso que desde La Paz se dio a los archivos históricos en particular y a la archivística boliviana en general. Supo incorporar magistralmente en la agenda de la Sociedad Boliviana de Historia, de la que fue su artífice y creador, el diagnóstico urgente de los archivos históricos y la discusión sobre el uso de las fuentes primarias para dotar a la Historia de un corpus metodológico capaz de catapultarlo al nivel de las ciencias sociales. Fue un gran divulgador tanto de las teorías historiográficas como archivísticas de su época. Su influencia se hizo notar incluso durante su retiro. A la postre se convirtió en una referencia obligada tanto de la Historia como de la Archivística.

Caracterizar a la generación que formó Alberto Crespo no es tarea sencilla, dado que esta se formó en

un ambiente de intolerancia, en consonancia al tipo de régimen que gobernaba el país (vg. Dictaduras de Bánzer, 1971-1978; y García Meza, 1980). La nueva generación emergente le dio nuevos bríos a la Historiografía, pero llegó impregnada de antiguas debilidades y viejas mañas. Pronto sucumbieron a la tentación de formar nuevas elites, que intentan controlar aun, tanto las instituciones académicas como la misma alma máter de los historiadores.

En el balance vemos que la visión estratégica de aquella elite intelectual formó una generación de nuevos historiadores que al inicio continuó cultivando la estéril historiografía presidencialista, pero luego surgieron brillantes atisbos que indagaron en la historia del ser social, intentando formar una nueva escuela de pensamiento historiográfico, objetivo inviable, al menos hasta hoy.

Actualmente varios jóvenes historiadores descuelan con estudios que habrían sido calificados como "irreverentes" por los viejos maestros. Aunque avanzan por sendas contestarias y por ello distintas a las que trazó la generación de Alberto Crespo, y no lo conocieron en la clase universitaria, admiran la figura legendaria del Maestro, el primer historiador profesional de Bolivia.

